

Aguas tranquilas, aguas profundas

Antonio Gómez Rufo

4 de junio

“Al día siguiente bajé a la playa decidida a quitarme toda la ropa y a quedarme desnuda al sol, como todos los demás. Sin embargo, lo que hice durante toda la mañana fue pensar en hacerlo y en cómo hacerlo, y tanto lo pensé que al final subí a comer sin haberme bajado siquiera los tirantes del bañador. Al principio, pensé que mi cuerpo era el más chungo de todos, que era horrible y que todos se iban a fijar en mis tetas, en mi culo, y me verían tal como soy, horrible, con mi cuerpecito de niña y mi atrevimiento por enseñar lo que no debía. Me sentía estúpida pero tenía miedo, muchísimo miedo porque todo el mundo iba a fijarse en mí. Mi sensación de pudor era, sobre todo, una sensación de ridiculez, iba a enseñar mi cuerpo a esos tipejos que no tenían por qué verlo, porque mi cuerpo es mío y hago con él lo que me da la gana. Excusas. Pero además me decía que era tonta y al fin y al cabo no había ningún motivo para sentirme ridícula... Resumiendo, creo que me sentía ridícula por mi ridiculez” (...)

6 de junio

“Había más gente que el día anterior. Me saludaron los de siempre: las dos chicas, el señor y la niña, que apenas movió la cabeza en señal de saludo, y estiré mi toalla junto a la sombrilla que mi tío había dejado plantada el día anterior. Además, y por lo que creo recordar, estaban una señora mayor que dibujaba a lápiz sentada en una tumbona, un hombre muy gordo que sonreía continuamente mientras leía una revista, y dos chicos jóvenes, de dieciocho o veinte años, que hablaban entre ellos muy serios y que no me miraron ni una sola vez. Todos estaban completamente desnudos. Yo me tumbé sobre la toalla, boca abajo, y estuve indecisa un buen rato. Miré alrededor varias veces y, cuando nadie se dio cuenta, me desanudé el bikini en la espalda y me dejé caer rápidamente para cubrir mi pecho contra la toalla. Estuve así mucho tiempo, inmóvil, levantando tan sólo la cabeza de vez en cuando para cambiar el carrillo en el que me apoyaba y estirando el cuello, sólo el cuello, como un cisne, para ver si alguien me estaba mirando. Pasó el tiempo y nadie parecía notar mi presencia. Cada uno estaba a lo suyo, leyendo, dormitando o dibujando sin ningún interés, salvo el gordo que una sola vez me miró y me sonrió de la misma manera en que lo hacía a todos los demás. La espalda empezaba a echar humo y me estaba achicharrando. Por eso me incorporaba cada vez más y más frecuentemente, para mirarme la espalda y comprender que en efecto empezaba a arder. Así incorporada, apoyando sólo la tripa en el suelo y con el bikini caído sobre la toalla y los pechos al aire, estaba segura de que cualquiera que me mirase podía vérmelos pero ya me empezaba a dar igual. Y además nadie me miró. Así es que sin más tonterías me di vuelta y me tumbé boca arriba al sol. Lo hice rápidamente, girándome deprisa para que nadie se diese cuenta de mi cambio de postura –como si se la fuese a dar alguien- y apreté mis hombros contra la toalla tanto para aliviarme la espalda como para que así mis pechos quedasen aplastados como los de los chicos y no se notara nada” (...)